

IDENTIDADES “TRANSICIONALES”

Un acercamiento al reconocimiento y la representación simbólica de los jóvenes a través de la estética y la música rock en el “Rincón Payanés”, Colombia

Maribel Deicy Villota

Antropóloga y Maestrante del programa de Ciencia, tecnología y sociedad UFSCar – São Paulo Brasil. Becaria OEA 2016 -2018. Miembro del grupode investigaciones GESC – Universidad del Cauca, Colombia.

Jairo Tocancipa Falla

Antropólogo, PhD, Profesor Titular y Coordinador del Grupo de Estudios Sociales Comparativos, Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.

RESUMEN

Este artículo aborda el problema de la construcción de la identidad en los jóvenes a través de la música y la estética en Popayán, Colombia. La “ciudad blanca”, colonial y turística, como es conocida a nivel nacional e internacional, es hoy escenario cultural de cientos de jóvenes que habitan los espacios urbanos, donde museos, iglesias, parques y sitios coloniales, se figuran y re-configuran simbólicamente a través de actividades como la práctica de la danza *capoeira*, cuentería, obras de teatro, muestras de saltos en patineta, malabares entre otros. Estas muestras permiten apreciar cómo se construye la identidad en los espacios urbanos. Existe un vínculo, entre la construcción de la identidad juvenil y la significación que se le da al espacio público, donde los jóvenes desarrollan sus procesos de identidad, re-significando su categoría social en la transformación de los espacios urbanos. La metodología utilizada se basó en una revisión bibliográfica sobre trabajos preliminares, trabajo de campo, entrevistas y fotografías, lo que en conjunto relacional permitió una visualización de esas “identidades transicionales”, en el uso simbólico de lugares más reconocidos y representativos que contrastan con la imagen turística convencional de la ciudad y que se representa en el lugar conocido como *El Rincón Payanés*. Para este análisis nos basamos metafóricamente en tres movimientos musicales: *legato*, *mezzo* y *forte*.

Palabras clave: Colombia, jóvenes, identidad, cambios urbanos, espacios sociales y culturales.

ABSTRACT

This paper approaches the problem of the identity construction in the young people through music and the aesthetics in Popayán, Colombia. “The White city”, colonial and touristic, as is known, has become the cultural scene in which hundreds of young people inhabit the urban spaces where museums, churches, parks and colonial sites are symbolized and reconfigured by social practices such as capoeira, storytelling, plays, skating jumps, juggling amongst others. These examples allow to appreciate how identity youth is built in the urban context. There is a link between the construction of youth identity and the public space where they develop their identity processes, re-signifying their social category in the transformation of urban spaces. The methodology is based on the bibliography review, fieldwork, interviews and pictures, which it allows to get a picture of those “transitional resources that contrast with the conventional touristic image of the city, represented in El Rincon Payanés. For this analysis, we are based metaphorically on three musical movements: legato, mezzo, and forte

Keywords: Colombia, youth, Identity, urban changes, social and cultural spaces.

EL CONTEXTO

Durante mucho tiempo, la problemática juvenil ha sido un campo abierto a distintas interpretaciones que van desde lo social, religioso, institucional, educativo, político, hasta las industrias culturales, económicas, entre otros. Turnbull (1983), por ejemplo, identifica a la juventud como el “Arte de la razón”. Escobar (2006:10), de otro lado, insta un discurso en torno a la imagen juvenil bajo la intencionalidad de configurar un objeto específico, donde “la producción del sujeto joven se torna entonces compleja, las imágenes emergen, se cruzan, a veces se imbrican, y en ocasiones entran en tensión. No siempre y no enuncian el mismo joven [puesto] que las ideas que se atribuyen a este sujeto social son variadas, cambiantes, [y] obedecen a intencionalidades distintas”.

En estas representaciones, los jóvenes como actores sociales, se corresponden con los espacios y geografía urbana que los alberga. Sin embargo, este no ha sido el caso de ciudades coloniales como Popayán, al suroccidente de Colombia, donde los jóvenes encajan sus preferencias de “estar” en lugares^[1] que simbólicamente representan lo colonial^[2] pero en otro nivel de representación; y donde se “reinventan” nuevamente dentro del entorno cultural, con sus imaginarios, su visibilidad, la posibilidad de ser y pensarse desde lo urbano. Consideramos que este ejercicio de representación y realización en un espacio les permite, además de representarse, reivindicar su condición de jóvenes en un espacio jerarquizado pero que lo hacen suyo desde su propia identidad relacional. La juventud dentro de un marco más amplio, viene acompañada además, de una multiplicidad de situaciones sociales, que condicionan las distintas maneras de ser joven (Margulis y Ariovich, 2008). En

términos de Mongín (2006), la vida urbana también está mediada a través de la experiencia y la corporeidad, en un tipo ideal de ciudad donde los jóvenes se vinculan con elementos físicos, materiales, espaciales, imaginarios y simbólicos.

En este trabajo examinamos cómo los jóvenes construyen la identidad en espacios urbanos que articulan un sentido relacional con la música del **Rock** y su estética que se manifiesta en una imagen impresa en los vestidos, el maquillaje y el arte y que se re-crean —para Garcés (2005) la estética en grupos juveniles no solo está referida a “la moda” o al “estilo, sino a toda una dimensión de creación”— a través de eventos como conciertos, cuentería, exposiciones de arte propias, proyección de películas, malabarismos entre otros. Al respecto coincidimos con Margulis y Ariovich (2008) en el sentido que en el contexto urbano, los jóvenes introducen valores de significado identitarios que contrastan fuertemente en nuestro caso con el dominio de un estereotipo y discurso social de ciudad colonial. Específicamente, el trabajo se enfoca en un espacio urbano conocido como el **Rincón Payanés**^[3], donde un grupo de jóvenes se reúnen regularmente para compartir dichos valores simbólicos y re-actualizar un sentido de pertenencia con el lugar y un sentido de ciudad que debe ser apropiado.

El trabajo es resultado de un ejercicio de interlocución de variadas experiencias que los autores han tenido en el ámbito de la ciudad en los últimos años, y que busca comprender la coexistencia de valores sociales y simbólicos en un contexto urbano que constantemente se ve presionado por cambios estructurales en el tránsito de una ciudad donde algunos habitantes se aferran a un pasado colonial mientras otros buscan un “nicho” o “lu-

gar” en la misma^[4]. Después de una breve introducción o exordio, el trabajo aborda las representaciones de los jóvenes a partir de los movimientos que caracterizan algunas piezas musicales conocidas como clásicas. El uso de este recurso es metafórico, en el sentido que se trata de una figura retórica donde más que una sustitución de sentido—*el movimiento musical*— intenta sustituir el hecho etnográfico de las identidades transicionales — condición relacional que activan los jóvenes con respecto a su sentido de pertenencia con tener un lugar en la ciudad—se trata de una articulación e integración de sentido (Ducrot y Todorov 1974).

EXORDIO: EL PROBLEMA DE LA IDENTIDAD Y LA ANTROPOLOGÍA “POST”

Como ya es conocido, en décadas recientes la antropología en general ha sufrido embates sobre dos de sus estandartes que la tipifican, la etnografía y la identidad^[5]. Dicha crítica convencionalmente establecida en el prefijo “post” indica la necesidad de superar tales categorías, al tiempo que se trata de un período que si bien no ha sido unificado en su definición, mantiene cierta idea de explorar otros horizontes interpretativos y analíticos (Geertz and Clifford 2003; Lagunas 2011; Reynoso 2000; Reynoso 2003)^[6]. El cuestionamiento que nació de la filosofía y otros campos disciplinares, sugiere una revisión crítica sobre el quehacer disciplinario de un lado (etnografía) y de las cualificaciones que los antropólogos hacen sobre su “objeto” de estudio (identidad). Estos cuestionamientos, sin embargo, han sido criticados sobre la base de que algunos de ellos han sido injustificados y en otros exagerados y mistificados. Igualmente, algunos sugieren que la crítica que se mostraba pretendidamente nueva no es tan nueva y hace parte de viejas discusiones teóricas ocurridas en el pasado (Lagunas 2011; Reynoso 2003).

Según el criterio de Reynoso (2003:28), en la llamada Antropología posmoderna se distinguen tres corrientes principales: 1) la corriente “*meta-etnográfica*” o “*meta-antropológica*” que se

condensa en la modalidad de reflexión teórica sobre la etnografía como texto y el problema de la autoridad etnográfica, y que se encuentra reflejada en los trabajos de James Clifford, George Marcus, Dick Cushman, Marilyn Strathern, Robert Thornton, Michael Fisher, entre otros; 2) la corriente “*etnografía experimental*” que se tipifica por una reconceptualización sobre la práctica etnográfica, y que se aprecia en trabajos de Vincent Capranzano, Kevin Dwyer, Paul Rabinow; y 3) el reclamo crítico no solo sobre la forma de escribir antropología, sino también sobre “la ciencia” misma, la cual se busca disolver. Esta vertiente se halla representada en trabajos de autores como Stephen Tyler, y Michael Taussig por mencionar algunos^[7].

Frente a los dos estandartes señalados, etnografía e identidad, en este artículo consideramos que los estudios “post” en la antropología nos han llegado con cierta ambigüedad. En el caso de la etnografía, planteamos la idea de que la crítica “post” aparece como una moda o postura que muchas

““Identidad transicional”
indica una forma de
adscripción individual
que concedemos en una
colectividad que se funda
en cierto período de tiempo
sobre valores de tipo
simbólico y social”

“La ciudad entonces, refleja no solo una instancia de integración, poder y cierta forma de “desarrollo” sino que también asocia ideas de liberación, apropiación, y negociación en un espacio que si bien se muestra limitado ofrece posibilidades de múltiples prácticas”

veces no se compadece con las prácticas tan diversas que se presentan en distintas latitudes. Podemos afirmar que la crítica es homogeneizante y como tal desconoce otras variables propias del contexto y de las opciones biográficas que tiene el investigador individualmente. De otro lado, está la convicción de que frente a la etnografía la crítica es valedera y que amerita ser tomada en cuenta en diferentes niveles. Sin suscribirnos enteramente a la postura “post”, creemos que es necesario seguir afianzando el proyecto inicial “modernista” –si se quiere- de valorar el papel de la etnografía, pero sumando en buena parte algunos aspectos de la crítica “post” en el sentido de asumir una postura autorreflexiva, al tiempo que experimental, sobre la práctica etnográfica.

No se trata de impugnar el carácter autoritario del etnógrafo ya señalado por Geertz, el de certificar que se “estuvo allí” sino de comprender “qué pasó allí” y “cómo lo que pasó allí”, tiene un papel reivindicativo de los actores sociales, en este caso los jóvenes, sobre su “lugar” en la ciudad. Esto nos lleva al segundo estandarte, al de la identidad y que en la postura “post” debe desbordarse el sentido de correspondencia de esta noción del campo colectivo al de la individualidad y la subjetividad, lo que supone no una forma de identidad fija sino más bien, flexible y abierta^[8]. Sobre esta última acepción, deseamos acuñar el concepto de “identidad transicional”, para

indicar una forma de adscripción individual que concedemos en una colectividad que se funda en cierto período de tiempo sobre valores de tipo simbólico y social. Dicha transición, como su nombre lo indica, supone que el sujeto no se sostiene de manera permanente a dicha adscripción, aún cuando con el tiempo puede conservar en la memoria y su haber parte de dichos valores simbólicos y sociales.

Así, este artículo se sustenta en la *identidad transicional* que presenta un grupo juvenil en una ciudad como Popayán para hacerse a su propio espacio, aprovechando el propio estilo colonial que promueven las autoridades a través del turismo y que buscan reificar un pasado glorioso de una ciudad que se mantiene en tensión entre la tradición y la modernidad. La articulación de distintas miradas alrededor de la ciudad en términos de Morgin (2006), configuran la estructura de texto de la ciudad, representando la condición urbana, donde los lugares toman cuerpo, asociada al recorrido de los cuerpos individuales; en este sentido el marco espacial no es arbitrario en relación con las conductas de los jóvenes, puesto que favorece un movimiento centro-periferia entre el afuera (imagen centrifuga) y el adentro (centrípeta), mostrando cierto dinamismo en el tiempo lo que al mismo tiempo valida su carácter transicional.

“se sentó a su lado y
mientras se fumaba su
cigarrillo, compartió por
unos instantes su opinión del
evento y el gusto también
por la música rock”

La ciudad entonces, refleja no solo una instancia de integración, poder y cierta forma de “desarrollo” sino que también asocia ideas de liberación, apropiación, y negociación en un espacio que si bien se muestra limitado ofrece posibilidades de múltiples prácticas, pero que al mismo tiempo, dentro del lugar, adquiere una condición urbana donde se evocan experiencias identitarias diversas en juego (Morgin, 2006). Como indicamos anteriormente, y con el fin de ilustrar este movimiento que asociamos con la “identidad transicional”, recurriremos al símil de la música con tres definiciones figurativas que representan la idea de una composición musical, aproximándonos a la manera de cómo los jóvenes viven su condición de representación en el contexto del tejido urbano^[9].

Inicialmente, nos introducimos en el contexto de los jóvenes, el problema de su categorización, su relación con la música y la identidad. Enseguida abordamos un primer movimiento denominado *legato* (suavemente), representado por la identidad social en sus albores; un segundo movimiento *mezzo* (medio), que nos acercará al concepto de juventud como categoría social; y un tercer movimiento *forte* (fuerte), que intentará mostrarnos la teatralidad en la que los jóvenes construyen sus representaciones simbólicas. Como síntesis, al final se propone la idea de que las subjetividades o formas de identidad individual no son desvinculantes de las expresiones colectivas y en este movimiento la apropiación simbólica del espacio urbano se activa, generando atenciones pero también desavenencias (Sennett, 1975; Garcés, 2005; Morguin, 2006; entre otros). Dicha relación con el espacio, individual-colectivo-individual, corresponde a una dinámica, a un movimiento transicional y no a una condición fija. La comprensión de este movimiento, argumentamos, no es exclusiva de los jóvenes y en el ámbito de la vida social otros grupos también seguramente la expresan.

LA CONSTRUCCIÓN DE LA IDENTIDAD: UN ACERCAMIENTO AL COMPÁS DE LOS JÓVENES

Poner en consideración el tema de la juventud como una construcción que se extiende y limita desde lo social, al tiempo que se pone en juego con la construcción de la identidad entre los gustos y deseos de los jóvenes, es acercarnos a un compás de sensibilidades y percepciones: uno que se crea, dibuja y desdibuja, bajo la musicalidad la noción de ser en la colectividad y en el mundo; y otra, que se pretende propia cuando particularizamos dentro de todo ese bagaje cultural, una noción del ser que se plantea una búsqueda, una agradable manera de pensarse entre gustos y disgustos.

El inicio de esta reflexión, comenzó a desarrollarse una noche de viernes en la que Villota conoció a Carlos^[10], un personaje de estatura media, delgado, de cabellos negros largos y actitud atrevida^[11]. La búsqueda por responder el interrogante del por qué los jóvenes en Popayán buscan lugares públicos para el desarrollo de procesos identitarios, la llevó a asistir a uno de los eventos de cuentería que se realizó en el **Rincón Payanés**. Esa noche se sentó junto a un grupo de jóvenes que tenían unas prendas oscuras de vestir y que se encontraban escuchando desde un reproductor, un tema musical de una banda de **rock** muy conocida, **The Guns n’ Roses**. No pasó mucho tiempo cuando de repente Carlos se le acercó y le pidió un encendedor. Después que se lo facilitó, se sentó a su lado y mientras se fumaba su cigarrillo, compartió por unos instantes su opinión del evento y el gusto también por la música rock^[12]. Minutos después luego de que la plática se tornará agradable como parte del inicio de las relaciones sociales^[13], Carlos le presentó a los amigos que lo acompañaban; amigos que entre canciones y recuerdos de conciertos de **rock** a los que habían asistido, no dejaban de añorar entre relatos, volver a vivir aquellos momentos emotivos.

Varios grupos de jóvenes viven y conviven en la simultaneidad del **Rincón Payanés**, un espacio que se re-significa en medio de prácticas culturales como el tocar guitarra, el escuchar música, cantar,

fumarse un “porro” (cigarrillo de marihuana) o tomarse un cerveza; creando un sentido de identidad y pertenecía que se estructura en el sentido de lugar, y en las relaciones que transitan de lo individual a lo colectivo como totalidad, y viceversa. Siguiendo a Lévi-Strauss (1997: 373):

Cada rincón del espacio oculta a una multitud de individuos, cada uno de los cuales totaliza el devenir histórico de una manera incomparable a la de los demás; para uno solo de estos individuos, cada momento de tiempo es inagotablemente rico en incidentes físicos y psicológicos, todos los cuales desempeñan un papel en su totalización.

Contextualizar la definición de cultura a partir de la dinámica en la que se encuentran los jóvenes, no es una tarea fácil; pero intentar entender cómo se da la construcción de la cultura juvenil como un movimiento, es un esfuerzo que se enfoca en dar cuenta sobre el tipo y naturaleza de las relaciones sociales y culturales que se establecen allí. Así, tomando un ejemplo de la física —y de manera similar a como lo hace Bourdieu (1997:34) al emplear el modelo del físico Maxwell para explicar “el funcionamiento de los mecanismos de la reproducción escolar”— donde la dinamicidad en la que se mueven sus partículas al interior del sólido nos revela un carácter contrario centrado en un movimiento que no percibimos pero que está presente en su propia naturaleza; de la misma manera, y llevándolo a una escala mayor, imaginemos qué ocurre con los jóvenes^[14] que siendo parte de una sociedad y cultura aparentemente colonial —léase estática— terminan imprimiendo y/o reclamando un movimiento cuyo efecto está implícito en la configuración y re-configuración de su propia identidad a través de la re-significación en el uso del espacio.

Con estos antecedentes, examinemos el **legato** que nos introduce en la construcción de la identidad a través de una figura musical a partir de la cual los jóvenes empiezan a dinamizar

la cultura que oscila entre la construcción de sí mismos en relación con los demás.

LEGATO: LA IDENTIDAD SOCIAL

Todos habían dejado de hacer cosas ese día, unos pasaron por alto el estudio, otros de estar en la cotidianidad familiar, y otros, siempre los mismos, iban de seguido a buscar en el “Pueblito patojo” al reencuentro con su identidad y espacio social. No era de extrañar, sobretodo para ser viernes. La escena del “Pueblito patojo” se describe como un área dedicada al turismo en la ciudad donde se representa la ciudad colonial a escala pequeña: el puente del humilladero en ladrillo pero en un tramo diez veces menor al original, pero con una pendiente suave; el área de damero de la ciudad colonial española pero gravitando alrededor de una fuente y pequeñas casas blancas que semejando las originales terminaban destinadas a pequeños negocios de artesanías y cafeterías. En este escenario se daban cita los miembros de este grupo de jóvenes, con un

“Allí transitaban infinitas posibilidades para poder escoger lo que se quería ser; una obertura musical que abría paso a establecer desde las relaciones sociales, nuestra propia mismidad en los espacios, un crescendo, que nos arrojaba a vivir este lugar de forma particular (...)”

sentido de encontrarse y apropiarse simbólicamente el espacio. Si bien no se ubicaban en el centro del pequeño pueblo, los encuentros se realizaban casi siempre cerca de las ocho de la noche y en la parte trasera al área comercial o a veces en el frente. Desde que se habían frecuentado los encuentros, Maribel sentía que no era la misma desde que había conocido a Carlos y empezaba a frecuentar mucho más de seguido a aquellos jóvenes.

Era una noche de concierto, y la ocasión no era para durar despierto largo rato; “la noche es joven” sentenciábamos y aprendimos a conocernos entre todos como el “combo” tanto que ya sabíamos que Carlos de apenas 20 años bebía sin parar. Roberto, un chico alto, delgado el más disparatado y atrevido de todos con 19 años, solía terminar realizando un “viaje” (drogarse) que lo ponía como loco en la escena; Marcela, a su turno, la casi niña del grupo con aproximadamente 16 años, era una de las tantas niñas que terminaba buscando la compañía de alguien que quisiera jugar al amor.

También estaba Alex, el consejero sentimental del grupo que cursaba sus primeros semestres de psicología en una de las universidades locales; él terminaba casi siempre “borracho, acordándose de sus padres separados”. Santiago el de la sonrisa siempre dispuesta, era el contador de historias que nos entretenía durante largas horas; Martha de 17 años se imaginaba con su banda de **rock** casi todas las noches tocando en grandes conciertos y nos invitaba una que otra vez a escuchar su banda cuando tocaban en lugares públicos. Elena de 25 años, estudiaba Diseño Gráfico, y terminaba contándonos la historia de un novio que nunca había podido olvidar; Diego el mayor de todos, vendía discos compactos “pirateados” —copiados sin autorización de los autores, como ocurre en muchos países de América Latina y el mundo— y trabajaba en un negocio de artesanías; él finalizaba las noches con ataques repentinos de moral, aconsejándonos tener cuidado con el alcohol y las drogas. Al igual que este puñado de jóvenes, otros tantos se reunían esporádicamente para compartir sus experiencias de vida.

No sé si todos reunidos ahí eran realmente felices, lo que era notorio, es que habitaba la amistad tras el alcohol y algunas drogas que impregnaban la imagen de lo juvenil tras la estética y la música que el **rock** proporcionaba. Era el tiempo instaurado mismo de la juventud y aunque nadie tenía claro qué era eso de la identidad, todos especulaban que rondaba incesante como una compañía constante; pues habíamos “adivinado en la danza y zarandeada vida de las ciudades alguna posibilidad de fraternidad, una nueva clase de convivencia, de calor humano” (Sennett, 1975: 17). Allí transitaban infinitas posibilidades para poder escoger lo que se quería ser; una obertura musical que abría paso a establecer desde las relaciones sociales, nuestra propia mismicidad en los espacios, un **crescendo**, que nos arrojaba a vivir este lugar de forma particular, significando el movimiento, con ese sello propio de la cotidianidad donde se posibilitaban los encuentros.

Antes del concierto, Villota se reunió con ellos en el ‘Pueblito’, donde al cabo de unas horas se encontraba rodeada con más de 20 jóvenes cuyas camisetas evocaban en un eslogan, una banda musical o estrella de **rock**. Mientras transcurría el tiempo, buscaban un lugar lo bastante aislado y tranquilo para poder hablar pausadamente para entrar en “calor” antes del concierto. En ese instante, algunos compraron licor y cigarrillos, y uno que otro encendió su reproductor para escuchar la música que poco a poco ambientaba el lugar. Ese día Villota sintió la misma sensación que había sentido días atrás: una en la que cuando se compartía en grupo, cada uno se mostraba como era, lejos de su casa, de la cotidianidad del mundo exterior y de los problemas de cada uno; quizás se debía a que en medio de las diferencias vivenciales se compartían experiencias similares con pares que también compartían gustos, edades y circunstancias equivalentes que asociaban el sentido de sentirse jóvenes y libres. Se vivía una propia noción de generación^[15], una que atravesaba a todos los presentes haciéndolos partícipes de un tiempo, unos gustos

y unas particularidades que establecían desde la espacialidad y lo urbano, una forma en la que cada uno establecía a partir de estas experiencias, su experiencia propia también de su mundo. Luego de esperar más de tres horas previas al inicio, caminaron alrededor de quince minutos hacia el Teatro Bolívar^[16], donde tendría lugar el concierto. Cuando llegaron, se observaba cómo la mayoría de los miembros del grupo ingresaban uno a uno al “pogo”^[17], como una forma agresiva de entrar en escena y expresar su gusto por la música. El momento en sí mismo revelaba una particular forma de explotar, esa fuerza con la que muchos entienden el rock. Esa noche de concierto terminó mal; muchos salieron lesionados del “pogo” y otros se perdieron buscando su propia historicidad. De regreso los que quedaron, regresaron al **Pueblito patojo**, un espacio que les brindaba la confianza para terminar ahí la noche, en la intimidad en el que cada uno empezó a contar su versión de lo sucedido. Un sinfín de características circula al interior de cada grupo de jóvenes, una afanosa tarea por visibilizarse y dar propiedad a lugares como estos; un espacio en que se extienden las relaciones sociales en la construcción de su identidad.

En este primer paso, el **legato**, que cumple con la intencionalidad de mostrar un movimiento **ad libitum** (a gusto del intérprete), se enseña el momento inicial y pausado en la construcción de la identidad social. Básicamente nos introduce en la búsqueda constante por definirnos a nosotros mismos en conjunto con los demás. La construcción de la identidad social establecida como un símil en este aparte, nos arroja a entender esa construcción, como una definición que se transforma permanentemente como aconteció con el concierto donde cada uno tomó su posición y ruta, para luego retornar al lugar que como jóvenes los cobijaba, el “Pueblo patojo”. Sigue un segundo movimiento, que como veremos la identidad continúa configurándose desde su pertenencia al lugar, en el ámbito de un movimiento **mezzo**, más intenso que el **legato**, y donde el mismo sentido de juventud se consolida.

MEZZO: LA JUVENTUD

El grupo “sobreviviente” permaneció más de dos horas en el Pueblito Patojo después del concierto. Desde que llegaron, el ambiente se había empezado a mover esa noche al vaivén de una cerveza mientras alguno sacaba su celular para reproducir y enseñarles a los demás, algún tema musical nuevo. Ésta dinámica poco cambiaba, incluso sin haber ningún tipo de conciertos se repetía circunstancialmente los viernes como una cita ya habitual. Era el movimiento de lo cíclico en pleno y total movimiento; sin embargo era difícil organizar un cronograma específico de acontecimientos. A veces solían reunirse sin que se llevara a cabo actividad alguna; y otras sin planearlo, terminaban escuchando música y tomando algún tipo de bebida. Pasaba el tiempo entre historias y canciones de **rock**; todos parecían aprovechar el instante para conversar y “quemar” tiempo. El ambiente era ese: cada cual se hacía lo suyo en su espacio y tiempo, una especie de alternativa en la continuidad cotidiana de la semana y que se acumulaba en los deseos del fin de semana.

La juventud como categoría social establece múltiples acepciones en cuerpo y espíritu, pero en cualquier circunstancia es un sinónimo de vitalidad, exceso en el comportamiento, y sobre todo transformación y promesa. Al hablar de jóvenes, era notorio esa brecha en la que ser joven presentaba la dicotomía entre lo tradicional, lo moderno, el agrado y el desagrado social entre tantos otros vocablos. La dinámica en la que el movimiento musical **mezzo** comienza a configurarse en los jóvenes, continúa justamente con la construcción de la identidad social en la cultura como símbolo de cambio y transformación en la que la mayoría del tiempo, los jóvenes se encuentran irrumpiendo en la cotidianidad para transformarla y significarla en el mundo. La juventud se instaura bajo las características sociales de sus propios referentes simbólicos, una manera de encontrarse a sí mismos con la definición de juventud y experimentar la sensación

“la juventud tiene múltiples facetas que no se vincula necesariamente con la materialidad de lo cronológico, sino también con el espíritu”

elocuente que existe tras este movimiento de cambio y ruptura con la cotidianidad. Ariovich (1996: 5) lo define así:

La juventud es una condición constituida por la cultura pero que tiene a la vez, una base material vinculada con la edad. Llamamos a esto facticidad: un modo particular de estar en el mundo, de encontrarse arrojado en su temporalidad, de experimentar distancias y duraciones.

Sin embargo, como indicamos, la juventud tiene múltiples facetas que no se vincula necesariamente con la materialidad de lo cronológico, sino también con el espíritu. Bajo una imagen metafórica se podría decir que los jóvenes se encuentran en un callejón que les permite transformarse cíclicamente, en cuerpo y espíritu, al buscar el tránsito, pero dejando huella, para pasar de una categoría a otra; buscando la manera de poder delimitarse, detenerse, y entenderse alrededor de su propio entorno social y cultural, y sus propias expectativas de transformación y “estar” proyectadas al mundo de diferentes maneras. La intencionalidad de los jóvenes no es buscar de manera directa su identidad, sino construirse primero como ellos mismos en su espacio para luego definirse en común acuerdo con sus expectativas y proyectos de transformación en su entorno social. Las reiteraciones que se observaron en el concierto con el “poggo”, como forma identitaria contrastan agudamente con la ocupación simbólica del espacio durante los viernes en el “Pueblito patojo”, y enmarcan en una mirada más amplia ese sentido de la figura *mezzo*.

Como tal, lo *mezzo* es representativo de lo cíclico; y así como nuestros padres algún día fueron jóvenes, nosotros también llenamos categorías sociales cíclicamente. Transitamos en la simultaneidad de las categorías sociales, ahí es de donde parte lo cíclico, de un *mezzo* que representa la juventud como un tránsito que nos va anunciando en la integralidad de

varias categorías; unas que a lo largo de la vida, apropiamos simbólicamente —con sus semejanzas y diferencias culturalmente hablando— y que parten desde el nacimiento, la niñez, la juventud, la adultez y la vejez (Turnbull 1983). Finalmente tenemos la representación simbólica, que la identificamos como un movimiento *forte*, donde los jóvenes se presentan a sí mismos como puente y lugar frente a otras identidades colectivas y sociales. Se trata de una figura musical presentada como una composición fuerte, vigorosa y agresiva donde transformación y cambio se mueven al compás de un movimiento simultáneo que construye la mismicidad en su presentación ante el mundo.

FORTE: LAS REPRESENTACIONES SIMBÓLICAS

De esta experiencia validamos una vez más el aprendizaje de que no siempre el color negro es el más representativo de los jóvenes roqueros; y que otros, y quizás la mayoría, se visten también de azul, verde o cualquier otro color para expresar su propia diferencia en la distancia por ser reconocidos y visibilizados. En el ciclo humano, la vestimenta o los uniformes son “altamente simbólicos, [y] cada elemento claramente enfatiza un valor social específico, algo que la sociedad desea para los jóvenes para que aprendan y asimilan en su tránsito hacia la adultez” (Turnbull 1983:18, nuestra traducción). Igual acontece con la música que en nuestro ciclo de vida también sirve para evocar momentos presentes y pasados de manera simbólica^[18]. Bandas roqueras como *Sodom, Nighwitch, the White stripes, R.E.M* y otras tantas hacen parte de esa caracterización simbólica que asocia una identidad que se vuelve mismicidad. Para esta vivencia, el tiempo, la espacialidad, el vestido, la música se configuran en un lenguaje común que expresan o manifiestan esa identidad colectiva fundada en la individualidad. Estas consideraciones fortalecidas en este grupo de jóvenes con los cuales se interaccionó y se reflexionó permite repensar la ciudad, en una noción distinta al cotidiano colonial que atraviesa

“(…) un *forte* que nos incita a entender una dimensión de la cultura como concepto, y que va más allá del estatismo de la simple identidad, capaz de establecer dinamicidad, transformación y configuración en el buscar de lo que queremos”

la tradición particular de una sola historicidad. Objetivizar el *rock*, la estética, el lugar y el lenguaje que implica, representa y contribuye a ampliar la mirada urbana convencional de ciudad, pues esta convulsión es la diferencia que camina en nuestras calles.

Hablar del movimiento que integra la dinamicidad de la cultura, la identidad social y la juventud sin mencionar el tema de las representaciones simbólicas, sería echar por la borda del navío en nuestro viaje, todas las cosas que pudiésemos necesitar para el naufragio; pues dentro de las representaciones simbólicas que elaboran los jóvenes, se encuentran las particularidades que significan su forma de ver y hacer las cosas —léase cultura juvenil—, lo que nos acerca a un sentido de pertenencia simbólica.

Es el símbolo^[39] en esta instancia, motor y movimiento que impulsa a la construcción de la identidad y dar valor a un lugar en el espacio urbano; pues siendo una representación que tipifica particularidades, se empieza también a definir lo que en el transcurso del tiempo se convierte en identidad. Y es identidad porque se particulariza en una interpretación propia del mundo que se muestra permanentemente. Es aquí donde se nos revela el tercer movimiento; un *forte* que nos incita a entender una dimensión de la cultura como concepto, y que va más allá del estatismo de la simple identidad, capaz

de establecer dinamicidad, transformación y configuración en el buscar de lo que queremos. En cierto modo se trata de un juego donde “la emoción musical proviene precisamente de que en cada instante el compositor quita o añade (...) apoyado en un proyecto que cree adivinar pero que es incapaz de sentir en verdad” (Lévi-Strauss, 1996: 226). Desde esta perspectiva, este movimiento *ad libitum* (a gusto del intérprete), es una figura que se modifica y se construye; y que en este caso de los jóvenes *rockeros* se plantea como un juego permanente que oscila entre la identidad y la noción de transformación.

Así, la dinamicidad en la que se encuentran inmersas las representaciones simbólicas dentro del tercer movimiento *forte*, establece la construcción continúa y configurada de una identidad social en la cultura, significada en la inmediatez de nuestros propios movimientos: un *resoluto* (resuelto, enérgico) y tempestivo accionar que genera cambio y transformación en las particularidades que se elaboran y reelaboran simbólicamente y constantemente al interior del espacio culturalmente definido. El *Rincón Payanés*, expresa esta conjunción de movimientos que permiten evidenciar la noción de identidad en los jóvenes, y su poder de apropiación y transformación del espacio, agenciado justamente por ese conjunto de símbolos que los definen. En cierto modo, dicha conjunción permite

observar a través de las vivencias la integralidad social de la cultura en una fase específica del ciclo humano, para emplear los términos de Turnbull. A manera de conclusión podemos decir que en este movimiento, la juventud como una categoría social y cultural “posee una dimensión simbólica” (Ariovich, 1996:5) altamente representativa y transformativa en la valoración de espacios sociales que se han re-significado con base en las prácticas juveniles que intervienen no solo desde la racionalidad establecida sino desde su poder identitario imaginado y transformador en una ciudad todavía colonial como Popayán.

MOVIMIENTOS PROYECTADOS: ALGUNAS CONSIDERACIONES FINALES/PRELIMINARES

Si bien en su libro *El ciclo humano*, Collin Turnbull, identifica a la juventud como el “Arte de la razón” y la adolescencia como el “Arte de la transformación”, en nuestro caso notamos que dicha separación en un grupo de jóvenes de Popayán resulta limitada. La juventud, como en muchos otros casos en diversas latitudes, es el arte de producir tanto una identidad como generar una transformación simbólica o una huella a través del uso del espacio urbano, la música, los eventos y el mismo vestido. Pero esta identidad, sobretodo queremos enfatizar, no es algo estable. Consideramos que se trata de una *identidad transicional* que en el caso presentado de este grupo de jóvenes en Popayán se trata de representaciones simbólicas que contrastan agudamente en un espacio colonial proyectado en pequeña escala y que son diseñados por las autoridades para ampliar la oferta turística en la ciudad. Esta tensión entre la tradición y la modernidad, reconfiguran todo un concepto de ciudad, pues los jóvenes viven desde su música, estética y vestido otras nociones que buscan un sentido de pertenencia y una particularidad propia del mundo que la exponen en los sitios coloniales de la ciudad. Se trata de una lectura que puede contrastar con otros grupos juveniles que habitan la ciudad en otra variedad de espacios urbanos, y que para futuras indagaciones sería pertinente

indagar y comparar.

Nuestra estrategia de aproximación se ha fundamentado en algunos movimientos musicales. En primer lugar, vimos el *legato* el cual se aprecia en la intención inicial de mostrar el móvil que empieza a dibujar la identidad; se trata de un movimiento *ad libitum* (a gusto del intérprete), que corresponde a la construcción de la identidad social de una manera proyectada con la definición del sujeto mismo. La construcción de la identidad en la ciudad, nos permite entender esa construcción, como una definición que se transforma permanentemente.

El segundo movimiento es la figura simbólica del *mezzo* que consolida aquella idea inicial pero que se centra en lo cíclico como lo representativo. Aquí los jóvenes van sedimentando también una categoría social que se hará cíclica en la medida que transitan en la simultaneidad del tiempo y el espacio. *Mezzo* representa la juventud, como un tránsito que se va complementando en la integralidad de varias categorías; unas que a lo largo de la vida, apropiamos simbólicamente para luego sostenerlas o transformarlas.

El tercer movimiento *forte* se basa en las representaciones simbólicas, y establece la dinamicidad, transformación y configuración de los jóvenes desde su especificidad que tensiona al colectivo. De la misma manera se trata de una decisión *ad libitum* (a gusto del intérprete), que se modifica y se construye de acuerdo con las nociones estéticas, musicales, especiales y culturales en los cuales se ven inmersos los jóvenes, en este caso particular un colectivo joven unido por el *rock* y que encuentran en un espacio de la ciudad, “el lugar” de enunciación, traducción y transformación de su propia condición.

El *Rincón Payanés*, en una ciudad colonial como Popayán es un espacio diverso donde toda construcción y transformación de las identidades es posible. Para los jóvenes, este espacio representa su diversidad en la medida en que se trata de una reivindicación propia del ser, individual o colectivo; un movimiento que permite

vivir, convivir y significar esa elaboración de integralidad social de la cultura ciudadana. Quedan interrogantes para futuras indagaciones como la biografía de los actores juveniles, su género, sus aprendizajes, y sobretodo sus expectativas. Aquí solo hemos hablado de una generalidad particular asociada a un grupo de jóvenes **rockeros** que buscan un “nicho” en el espacio urbano. Otras aproximaciones a aquellos interrogantes, entre otros, pueden contribuir a visualizar la conjugación de otros movimientos donde las identidades y las transformaciones entran en un juego todavía por ser cartografiado en la escena cultural urbana.¶

NOTAS

[1] El sentido de “lugar” ha sido recientemente debatido en la antropología (Auge 2000), no solo en su sentido físico sino también virtual y simbólico. En nuestro caso planteamos una correspondencia entre un sentido físico-material y una representación simbólica de estar allí; idea del ser y estar que evoca el *dasein* de Heidegger (Berciano, 1992).

[2] Popayán es una ciudad colonial fundada en 1537, por el Adelantado Sebastián de Belalcázar. Su historia alberga buena parte de la historia de Colombia como Estado-nación. En lo urbano, y desde una perspectiva de la antropología urbana, los trabajos de los Whiteford (1963; 1976), centran el análisis en el carácter de una ciudad colonial jerarquizada, y que décadas más tarde la convierten en una ciudad turística que guarda un pasado histórico al cual es difícil sustraerse.

[3] Área urbana conocida como la antigua piscina municipal en el barrio Caldas, cerca del centro colonial histórico de la ciudad. Se conoce también como “Pueblito Patojo” o “Rincón payanés”, y constituye una réplica a pequeña escala del centro histórico colonial de la ciudad.

[4] Mientras la experiencia de Villota está relacionada con su tesis de pregrado en antropología, *La*

construcción de la identidad, el reconocimiento y la representación simbólica de los jóvenes a través de la estética y la música rock en el Rincón, de la Universidad del Cauca – Colombia, en el caso de Tocancipá-Falla la experiencia estuvo asociada también con su trabajo de pregrado y sus vivencias en la ciudad desde hace décadas (Tocancipá, 2014). La metodología desarrollada para este trabajo se tomó como ensayo etnográfico en el cual el diario de campo o notas de campo, entrevistas estructuradas y semi-estructuradas, historias de vida contadas por parte de los jóvenes, fotografía, video, observación participante, revisión bibliográfica y discusiones sobre el tema, sintetizan aquellos métodos y técnicas que han tipificado a la antropología y que en años recientes otros campos disciplinarios también han ido adoptando. (Lévi-Strauss, 1968; Guber, 2001; Pelto & Pelto, 1968; entre otros).

[5] La elaboración de la identidad, es un proceso social alrededor del cual nos distanciamos e integramos seguidamente; pues en la búsqueda de lo que intentamos ser, cambiamos y nos transformamos en la reflexión misma de la cultura (Villota, 2012) ver también (Sennett, 1975; Goffman, 2003; Posada, 2005, entre otros).

[6] En el caso nuestro, la crítica a la forma de hacer etnografía fue muy anterior a la planteada por Clifford y otros en Estados Unidos. Sin embargo, las diferencias parecen ser más en acento teórico: mientras en Colombia —como en otros países de América Latina (Tocancipá-Falla 2017 en edición)— la crítica se dio por la influencia del marxismo concretada en la llamada “Antropología del debate” que se caracterizó por cuestionar la agenda académica, en el caso de Estados Unidos derivó en buena parte de la crítica literaria, aunque la primera también tuvo cierta incidencia.

[7] Es de anotar que estas atribuciones a las obras de estos autores en cierto modo también resultan arbitrarias pues sus puntos de vista y resultados han cambiado a la luz de los nuevos desarrollos investigativos y teóricos. Desde esta perspectiva, más que una identidad fija y estable, también podemos entenderla como una forma de “identidad transitoria” de un momento particular que han tenido los autores en su biografía.

[8] El tema de la identidad y su problema de fijación y movilidad no es nuevo. En distintos ámbitos se ha abogado por la eliminación de la adjudicación identitaria que se atribuye a un grupo, mientras que en otros se plantea su sostenibilidad. Ver por ejemplo, el caso de los campesinos en Tocancipá-Falla (2005).

[9] El uso de este tipo de recursos no es nuevo en la antropología y al igual que en disciplinas afines otras formas de representación son retomadas desde dominios epistemológicos variados (Foucault 1984). Dicho recurso es solo un dispositivo metodológico que potencia las posibilidades interpretativas de manera complementaria (e.g. la metáfora) antes que convertirse en un factor determinante y reduccionista en su propósito significativo.

[10] En lo sucesivo los nombres son anónimos, para proteger la identidad de los jóvenes, tal como fue acordado con ellos.

[11] Los nombres de los jóvenes que participaron durante la realización de este trabajo, fueron cambiados para preservar su integridad.

[12] La conversación no solo es interlocución; es, a la vez, escena y fábrica de consenso (Maffesoli, 1990: 13).

[13] Las “relaciones sociales” son la materia prima empleada para la construcción de los modelos que ponen de manifiesto ‘la estructura social’ misma (Lévi-Strauss, 1968: 251; ver también Berger & Luckmann 1999), y que en este caso supone el encuentro de dos actores que evocaban interacciones sociales de al menos dos estructuras sociales.

[14] Los jóvenes están – por una serie de motivaciones históricas y sociales – más dispuestos al cambio (...) propensos a las innovaciones (Maffi, 1975: 42).

[15] La generación es el juego en el que las clases se van haciendo cargo de la tradición, del tiempo que corre paralelo el desarrollo de las luchas sociales. La generación es una estructura transversal, la de la experiencia histórica, la de la memoria acumulada (Ariovich, 1996:9).

[16] El Teatro Bolívar ahora inactivo, fue hace dos décadas un escenario destacado para la presentación de cine comercial, alternativo y obras de teatro. Está ubicado en los límites donde termina el centro colonial de Popayán, a unas seis cuadras de la Plaza principal

conocida como Parque Caldas.

[17] Movimiento en el que se salta, se empuja en grupo y se menea el cabello al son de la música.

[18] Solo al observar el tipo de población adulta que participa por ejemplo en los conciertos de los **Rolling Stones** u otros cantantes rockeros de tradición musical, revelan esa consonancia entre la condición humana en una fase de su existencia y la música; aunque nuevas generaciones empiezan a engancharse también en esa valoración de una banda que sigue produciendo a más de cincuenta años de existencia.

[19] El símbolo nace inicialmente en el ámbito sagrado. Sin embargo, se le conoce por el poder de consenso, representación y memoria de algo, ya sea por el valor de su significación que tiene para la vida, ya sea por la asociación de hecho o de pensamiento o de su efecto transformador (Turner, 1980: 21; Geertz, 1991; Duch, 1998, entre otros).

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Ariovich, Laura. (1996). La Juventud es más que una Palabra. Argentina: Biblos.
- Auge, Marc. (2000). Los «no lugares». Espacios del anónimo. Una antropología de la sobremodernidad. Barcelona: Gedisa.
- Berciano, Modesto. (1992). ¿Qué es Realmente el “Dasein” en la Filosofía de Heidegger? *Thémata*, 10, 435-450.
- Berger, Peter & Luckmann, Thomas. (1999). La construcción social de la realidad. Argentina: Talleres Gráficos Color Efe
- Duch, Lluís. (1998). Mito, interpretación y cultura: aproximación a la logomítica. México: Herder.
- Escobar, Manuel. (2006). La Investigación sobre la Juventud en Colombia: Construcción de los Sujetos desde los Discursos Especializados. *Revista Actualidades Pedagógicas* 48: 9-16
- Foucault, Michel. (1984). Las palabras y las cosas. Barcelona: Planeta-Agostini.
- Garcés, Ángela. (2005). Nos-Otros los Jóvenes. Polisemias de las Culturas y Territorios Musicales en Medellín. Medellín: Universidad de Medellín.

- Geertz, Clifford. (1991). *La interpretación de las culturas* (Vol. 1). Barcelona: Gedisa.
- Geertz, Clifford y James, Clifford. (2003). *El surgimiento de la Antropología Posmoderna*. Barcelona: Gedisa
- Universidad de Medellín
- Goffman, Erving. (2003) *Estigma. La Identidad Deteriorada*. Argentina: Amorrortu.
- Guber, Rosana. (2001). *La etnografía: método, campo y reflexividad* (Vol. 11). Colombia: Editorial Norma.
- Lağunas, David. (2011). *Sobre la Antropología, Posmodernidad y Teoría Crítica*. Desacatos 35 (En. / Abr.)
- Lévi-Strauss. (1968) *Antropología Estructural*. Argentina: Editorial Universitaria de Buenos Aires.
- _____. (1996) *Mitológicas. Lo Cru- do y lo Cosido*. México: Fondo de Cultura económica
- Maffesoli, Michel. (1990) *El Tiempo de las Tribus. El Declive del Individualismo en las Sociedades de Masas*. España: Icaria.
- Margulis, M., & Ariovich, L. (2008). *La Juventud es más que una sola palabra*. Buenos Aires: Biblos
- Morgin, Olivier. (2006). *La condición urbana. La ciudad a la hora de la mundialización*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Pelto, Pertti & Pelto, Gretel. (1978). *Anthropological research: The structure of inquiry*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Posada, Berta Lucia. (2005) *Música, Identidad y Diversidad Cultural*. Revista de Artes N°10 Vol. 5. julio-diciembre. Colombia: Universidad de Antioquia.
- Reynoso, Carlos. (2000). *Apogeo y Decadencia de los Estudios Culturales: Una Visión Antropológica*. Barcelona: Gedisa.
- _____. (2003). Introducción. En *El Surgimiento de la Antropología Posmoderna*. C. Geertz y J. Clifford, eds. Barcelona: Gedisa
- Sennett, Richard. (1975) *Vida Urbana e Identidad Personal*. España: Península.
- Tocancipá, Jairo. (2005). *El retorno de lo campesino: una revisión sobre los esencialismos y heterogeneidades en la antropología*. Revista Colombiana de Antropología e Historia 41:7-41.
- _____. (2014). *De invasión-asentamiento a barrio, 26 años después: Una “mirada retrospectiva” a los cambios y las continuidades urbanas en Popayán*. Revista Antípoda. 20: 21-47.
- _____. (Comp. 2017, en edición). *Antropologías en América Latina. Prácticas, alcances y retos*. Popayán: Universidad del Cauca.
- Turner, Víctor. (1980). *La Selva de los Símbolos*. España: Siglo Veintiuno.
- Villota, Maribel. (2012). *La construcción de la identidad, el reconocimiento y la representación simbólica de los jóvenes a través de la estética y la música en el ‘Rincón Payanés’*. Tesis de pregrado en Antropología, Departamento de Antropología, Facultad Ciencias Sociales y Humanas, Universidad del Cauca, Popayán, Colombia.
- Whiteford, Andrew. (1963). *Popayán y Querétaro. Comparación de sus clases sociales*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Sociología.
- Whiteford, Michel B. (1976). *The Forgotten ones. Colombian Countrymen in an Urban setting*. Gainesville: The University Presses of Florida.